

# La configuración histórica del sistema hospitalario en España

VOL.41(1)  
2021

# DYNAMIS

ACTA HISPANICA AD  
MEDICINÆ SCIENTIARUMQUE  
HISTORIAM ILLUSTRANDAM



## Reseñas

**María M. Portuondo.** *The Spanish Disquiet. The Biblical Natural Philosophy of Benito Arias Montano.* Chicago: The University of Chicago Press; 2019. 448 p. ISBN-13:978-0-226-59226-8. 65 \$

*The Spanish Disquiet* es un estudio en profundidad de la figura del hebraísta y teólogo español Benito Arias Montano y, en particular, de su programa de refundación del estudio de la naturaleza basado en el texto bíblico, puesto en obra mediante una articulada empresa intelectual, conocida con el nombre de *Magnus opus*, que permaneció en buena parte inédita.

La figura de Arias Montano se ha ido afirmando progresivamente en la producción de María Portuondo. En su reconocida monografía *Secret Science: Spanish Cosmography and the New World* (2009, con edición en español en 2013), centrada en los cosmógrafos de la corona, el humanista extremeño emergía esporádicamente como uno de los principales 'doctos' del entorno de Felipe II, frecuentado por algunos de los protagonistas del libro, así como un intermediario clave en la circulación de los saberes cartográficos entre España y los Países Bajos. Al año siguiente, Portuondo publicó el artículo «The Study of Nature, Philosophy, and the Royal Library of San Lorenzo of the Escorial», en *Renaissance Quarterly*; en él, consideraba el real sitio como el motor de una definición programática de la relación entre la Monarquía hispánica y los saberes filosófonaturales, por lo que el papel de Arias Montano emergía con mayor fuerza. Tal perspectiva ilumina así un lado menos conocido de una figura mucho más identificada como biblista, hebraísta o filólogo por la historiografía al uso y le restituye un papel de protagonista en la historia del pensamiento científico español del siglo XVI. Esto es lo que *The Spanish Disquiet* desarrolla y confirma definitivamente.

La obra de Portuondo se sirve de manera provechosa de los numerosos estudios montanianos de las dos últimas décadas, principalmente de las empresas de reedición de los textos y correspondencia de Arias Montano, llevadas a cabo desde diversas universidades, señaladamente las de Huelva y León; una deuda que la autora reconoce explícitamente en su introducción (pp. 4-5). Sin embargo, *The Spanish Disquiet* propone por primera vez un análisis sistemático del pensamiento filosófonatural del autor de Fregenal de la Sierra, a través de una búsqueda archivística inédita en busca de documentar algunas fases de la

recepción de su obra, arrojando nueva luz no solo sobre su perfil intelectual sino también sobre el estudio del mundo natural en los ambientes hispanoeuropeos de los últimos decenios del Quinientos.

El núcleo del libro (capítulos VII-X) se consagra a la presentación del *Magnus opus*, un complejo proyecto editorial en tres partes, del cual solamente la primera —*Anima*— fue publicada en vida del autor (1593). La segunda —*Corpus*— fue editada póstumamente, en 1601, mientras que de la tercera —*Vestis*— no queda más rastro que la noticia que de ella dio el mismo Arias Montano. Es en estos capítulos donde la autora pasa revista al proyecto filosófico natural de interpretación del mundo elaborado por el humanista extremeño, mostrando cómo este se fundamentaba sobre dos pilares: el rigurosísimo análisis filológico del verbo divino expresado en la Biblia —y, en particular, en el Génesis— y la propia experiencia, basada en la observación directa del mundo natural. El sistema elaborado por Arias Montano derivaría de una inquietud (el *disquiet* del título) respecto a todas las formas precedentes o coetáneas de interpretación y explicación del mundo natural y su funcionamiento, tanto de aquellas que se remitían a la tradición aristotélico-tomista o a otras tradiciones filosóficas de la Antigüedad (estoica, atomista) como de las aproximaciones empíricas que caracterizaban algunas de las empresas naturalistas de su tiempo. Con su programa fundado en el retorno a la Biblia y cimentado con observaciones empíricas y experiencias sensoriales directas, Arias se habría propuesto llegar a superar el impasse en el que, en su opinión, se encontraba la reflexión filosófica-natural contemporánea. Pero Portuondo no se limita a un análisis crítico del programa intelectual de Arias Montano, sino que elige una aproximación que la lleva más allá de una mera historia del pensamiento científico centrada en la descripción de ideas y conceptos. Los cuatro capítulos mencionados se sitúan, de hecho, en mitad de un recorrido que se interroga sobre la génesis del proyecto montaniano, sobre sus condiciones de posibilidad y sobre su recepción.

Así, otros capítulos del libro (I, IV, VI) se dedican a indagar en algunos momentos de la vida de Arias Montano que la autora considera cruciales en la formación de su universo intelectual y de su programa de estudio: los años de formación en la Universidad de Alcalá de Henares durante los cuales adquirió su formación en hebreo y comenzó a interrogarse, a partir del estudio de la lengua, sobre la relación entre la naturaleza y la divinidad; los años de la experiencia editora de la Biblia políglota de Amberes, en los que se confrontó intensamente con la exégesis bíblica, gracias a lo cual halló el modo de elaborar una primera serie de reflexiones fundamentales en relación a la naturaleza que encontraron expresión en *De arcano sermone* (1571); los períodos de estancia en El Escorial en

calidad de bibliotecario; y los años finales de su vida, en Sevilla, en los que frecuentó los ambientes naturalistas de la ciudad y su entorno. Las diversas etapas de este itinerario biográfico e intelectual se entretrejen con la descripción de los ambientes (esencialmente españoles) en los cuales se desarrollaron otro tipo de respuestas a esas mismas inquietudes que habían constituido el motor de la refundación filosófica natural de Arias Montano. La autora se interesa, por un lado, por la filosofía mosaica, proponiendo, entre otras cosas, una interesante comparación entre la aproximación montaniana y la del médico coetáneo Francisco Valles y, por otro lado, por el mundo del empirismo hispánico, que caracterizaba en particular los ambientes sevillanos (capítulo III).

La última sección del libro (capítulos XI-XIII) se dedica a la recepción de la obra montaniana, considerada desde dos puntos de vista: el de la huella indeleble que dejó en sus discípulos, en particular en José de Sigüenza y en Pedro de Valencia; y el del proceso de expurgación del que fue objeto el *Magnus opus*. En el plano metodológico, estos capítulos que se refieren a la recepción de la obra son ejemplares, por el modo en el que se conjugan diferentes tipos de fuentes. Por eso, viene a la mente la cuestión de si un uso más sistemático de fuentes diversas de los tratados montanianos, por ejemplo, de modo especial, su rica correspondencia no pueda ampliar nuestra comprensión del proceso de elaboración del sistema filosófico del humanista extremeño.

El estudio de Portuondo abre nuevas e interesantes pistas, aunque no alcanzan un pleno desarrollo en el libro. Algo que se echa de menos en dos cuestiones, importantes en mi opinión, que hubieran merecido una mayor atención. La primera de ellas se refiere a la falta de una reconstrucción más decidida de alguno de los contextos sociales y culturales con los que Arias Montano estableció relaciones, en una Europa que se caracterizaba no solo por las tensiones y fracturas político-religiosas, sino también por la circulación de hombres, instrumentos intelectuales y modelos religiosos y culturales, algo que hubiera permitido reconsiderar el alcance de una de las hipótesis sustentadoras del libro: la de que la *disquiet* montaniana y la propuesta elaborada para hacerle frente fueran prevalentemente *Spanish*. Pienso, en concreto, en un estudio más detallado de las estancias que Arias Montano llevó a cabo en Roma para defender su edición de la Biblia políglota, porque durante esas estancias frecuentó anticuarios, coleccionistas, filólogos y filósofos, visitó las bibliotecas y colecciones científicas, y mantuvo un estrecho contacto con Girolamo Sirloto, bibliotecario vaticano y fino hebraísta él también.

La segunda cuestión se relaciona, en cierto modo, con una articulación de las dos ricas monografías que Portuondo ha dedicado al mundo hispánico. En la primera de ellas, había analizado de forma sistemática el impacto que el Nuevo

Mundo tuvo en los desarrollos de concepciones, métodos y prácticas científicas en los territorios peninsulares ibéricos. Sin embargo, el horizonte americano está sorprendentemente ausente en *The Spanish Disquiet*. A la luz precisamente de lo que la autora misma proponía en *Secret Science* y de lo que otros trabajos, cada vez más numerosos, han continuado ofreciendo sobre la perspectiva imperial ibérica, nuestra concepción de las culturas y prácticas científicas en la España moderna se han transformado enormemente. Por eso, de la lectura del libro surgen inevitablemente preguntas como ¿cuál fue la relación de Arias Montano con la naturaleza de ese Nuevo Mundo? Algo con lo que sin duda tropezó directamente durante sus estancias en Sevilla y en El Escorial, donde, entre otras cosas, fueron depositados los materiales de la expedición de Francisco Hernández, quien además le dirigió el poema latino en el que el Protomédico de Indias se lamentaba de la suerte corrida por su obra americana. ¿Contribuyeron estos encuentros de alguna forma a la construcción o puesta a prueba de su sistema de interpretación del mundo?

Son cuestiones que, como digo, quedan abiertas como posibles vías de continuación de una línea de investigación que *The Spanish disquiet* articula brillantemente, gracias al examen de la trayectoria individual de Benito Arias Montano y al análisis de su proyecto intelectual, extremadamente complejo, resultado del entrecruce de presupuestos lingüísticos, filosóficos, y teológicos. A lo largo del recorrido que nos propone en su libro, María Portuondo plantea, además, desde una perspectiva original algunos temas fundamentales para la renovación de la historia de la ciencia y de los saberes en la primera edad moderna, como son las relaciones entre estudio textual y prácticas empíricas o entre esfera religiosa y esfera del conocimiento científico. ■

**Elisa Andretta**

LARHRA-CNRS, Lyon

ORCID 0000-0001-6727-5664

■ **Ruth MacKay.** *Life in a Time of Pestilence: The Great Castilian Plague of 1596-1601.* Cambridge: Cambridge University Press; 2019. xiv+276 p. ISBN: 978-1-108-49820-3. 29,99 £

Known for her stellar research and sharp, analytic insight, Ruth MacKay's *Life in a Time of Pestilence* further advances that reputation. In her exploration of the deadliest Spanish epidemic of the early modern era, MacKay seeks to uncover

the «ordinary amidst the extraordinary» and argues that Castilians responded to the arrival of plague and its destructive impact just as they had in previous generations; they followed deep-seated customs and beliefs that informed every choice Castilians made whether to obey, cooperate, flee, or protest in the face of impending death and destruction. Municipalities relied on traditional ideas of good government that were well-established in the fabric of Castilian society and implemented a variety of public health and policing policies intended first to prevent the contagion's arrival to their locale and then to curb its destructive impact once the contagion found its way through the city gates. What MacKay discovers is that «given what they had to work with, denizens of late sixteenth-century Castile were admirably responsible» (p. 8). Whether or not Castile suffered from *Yersinia pestis* or another pathogen matters little and MacKay does not waste time debating the issue. Castilians understood the calamity of that five-year period as one derived from *peste* and acted accordingly.

Plague studies have certainly entered a period of serious revision. New debates on the nature and identification of the disease in conjunction with significant archival research at the local level, which seeks to place plague studies within a particular political and civic setting, serve as the backdrop for MacKay. Her work fits well within recent Spanish contributions that challenge historians' narratives of complete societal collapse in the wake of plague in later centuries. MacKay suggests that once we move away from literary sources and place the calamity within its political and civic setting, a rather different picture emerges. «Society did not become unhinged», argues MacKay, rather people drew from their past history and their deep ties to church and government. They also relied on mechanisms of governance to see them through threat. Castilians did not routinely abandon their families, leave the poor to die in the streets, or scapegoat those of different ancestry. In short, life continued in Castile even in the throes of a devastating epidemic that left more than 500,000 dead.

MacKay follows the plague through communities and their archives and offers readers a «way of understanding the meaning and variations of each site and the conflict around it, on the one hand, and more universal practices and beliefs, on the other» (p. 4). MacKay's exhaustive research leaves no document or source unexplored. From city council minutes, correspondence between local and crown agents, municipal and royal accounts, institutional ledgers, health board records, medical treatises, contemporary narratives and an array of lawsuits, MacKay weaves a compelling story of how everyone from those in the sickbed to the itinerant king experienced, understood, and attended to the epidemic that plagued Castile between 1596 and 1601.

Each chapter explores life during the epidemic from a distinct viewpoint. She begins with «the Palace» and the crown's rather lackluster efforts, where she convincingly argues that the crown offered good advice and little else. She then traces the disease down the roads to the city walls, where one encounters travelers from information officers, town delegates, and spies to simple merchants attempting to move their goods to safer harbors. From the roads one encounters the city walls where guards, magistrates, and citizens weighed the entrance of much-needed good against the health of its people. Once inside the city walls, the scourge makes its way through the marketplace, to the town hall, and finally to the sickbed. Communities were faced with difficult decisions at every turn, and yet they relied on customary practice, the law, and Christian morality to guide action. Towns negotiated with each other for access to foodstuffs and necessary goods while citizens came up with monetary schemes to care for the poor and sick in the streets. City authorities and elites took their turns guarding the gates as priests and gravediggers cared for the dead. Fleeing the pestilence was often weighed against the advantages brought by staying put in municipal and private correspondence. And for those who abandoned their duties, a lawsuit or hefty fines often awaited them upon their return.

Negotiation was key at every site, argues MacKay. Authorities, citizens, neighbors, and individuals consistently measured their needs and desires against the common good. Each negotiation reveals elements of Christian charity, communal investment, effective leadership, and rational decision-making. There are, of course, stories of greed, price-gouging, and deception, as well as accounts of civil, ecclesiastical, and medical authorities who left their posts, though those tales are fewer and farther between. Castilians balanced private pursuits against public well-being and found room for both pursuits to prevail. Life in a time of pestilence was clearly one of consistent negotiation among vested interests, but also one shaped by precedent and historical knowledge. Castilians knew what to do because they had been there before; the structures that surrounded them endured.

Above all, *Life in a Time of Pestilence* is a story of human resilience and one that will certainly resonate with readers today. ■

**Michele L Clouse**

Ohio University

ORCID 0000-0002-7559-2077

**Ariane Bayle, avec la collaboration de Brigitte Gauvin.** Le Siècle des vérolés. La Renaissance européenne face à la syphilis: une anthologie. Grenoble: Jérôme Millon; 2019. 392 p. 24 €

«Cantaré aquí los diversos accidentes y los gérmenes que han traído una enfermedad extraña, ignorada durante siglos y que, habiendo asolado en nuestros días toda Europa, parte de Asia y ciudades de Libia, irrumpió en el Lacio con las funestas guerras de los franceses, el pueblo del que esta enfermedad ha tomado el nombre». Así comienza *Syphilis, sive Morbus Gallicus*, el poema en tres partes del médico veronés Girolamo Fracastoro (1478-1553), publicado en 1530 en Verona por Stefano Nicolini da Sabbio (me he tomado aquí la libertad de traducir —en prosa, naturalmente— el texto original en latín). Fracastoro no fue por cierto el primero en haber escrito acerca de este mal, pero se le reconoce haber fraguado el nombre con el que la posteridad, sobre todo a partir del siglo XVIII, ha preferido denominarla.

La sífilis, el «mal francés» o, en Francia, el «mal de Nápoles», es la «viruela» a la que hace referencia el título de esta antología de un centenar de textos de diversa naturaleza, tanto en lo que hace a los registros de la cultura letrada a los que pertenecen, como a sus contextos de producción y de publicación. Dirigido por Ariane Bayle con la colaboración de Brigitte Gauvin, el volumen incluye fragmentos de obras fundamentalmente médicas y literarias *lato sensu*, donde conviven Gabriele Falloppio, Ulrich Hutten y Ambroise Paré con Garcia de Orta, Gonzalo Fernández de Oviedo y León el Africano, Shakespeare, Cervantes, Erasmo de Rotterdam y Andrea Alciati, además de autores y obras menos notorios, así como ocho anónimos.

Lo que une a esos cien textos —todos ellos traducidos al francés cuando no era este el idioma original— es, ante todo, una de las tesis principales que justifica el propio ejercicio de reunirlos, a saber, que la *vérole* fue, en el Renacimiento europeo, el «mal del siglo». Cabría quizá precisar que se trata, en puridad, de la *grande vérole*, ya que la viruela que el idioma castellano conoce a secas, sin adjetivo, es la «pequeña», la *petite vérole*, que en inglés se nombra también con su pequeñez presunta, *smallpox*. El siglo en cuestión, el de la sífilis, es el siglo XVI, o mejor, de atenerse a la cronología que marca la selección de textos, un largo siglo XVI, que va de 1495 a 1623. Se trata pues, desde el punto de vista de la periodización, de un «Renacimiento» tal como lo ha situado y delimitado la tradición historiográfica francesa, cuyo centro de gravedad lo definen más Montaigne, Francisco I y Rabelais (doblemente presente en esta antología) que Donatello, Lorenzo de Medici o Alberti.

Francés es también el historiógrafo Louis Le Roy, de cuyo libro sobre la *Vicissitude ou variété des choses en l'univers* (1575) se incluye en esta antología un fragmento que abona la idea de la centralidad de esta enfermedad en la percepción de los contemporáneos: promediando la segunda mitad del siglo XVI, Le Roy puede ya considerar que ese «nuevo y extraño mal, desconocido por los antiguos y jamás tratado por ningún médico griego, árabe o romano», forma parte de «las maravillas de nuestro siglo», tan deplorable como el cisma religioso y tan elogiabile como los «grandes e ilustres descubrimientos» de ese tiempo (f. 101r).

Agrupados en doce capítulos, cada uno de ellos dotado de una introducción, el conjunto de textos que este libro ofrece da cuenta de ese lugar que Le Roy atribuye al mal venéreo en la inquietud, las perplejidades y los temores del siglo XVI europeo, en un imaginario nutrido por saberes indecisos, ficción edificante, erudición que anuda en sus nuevas disquisiciones el tema arcaico de la complicidad entre el sexo y la muerte. A la propia antología, a la organización de ese material textual variopinto en capítulos temáticos, a la riqueza que ello proporciona al lector en cuanto al horizonte cultural que una enfermedad es capaz de impregnar, se suman, al final del volumen, instrumentos utilísimos para su consumo: fichas informativas sobre autores y obras, un copioso índice y una bibliografía que permite a quien lo desee, como corresponde, ir más allá.

Más allá: efectivamente, *Le Siècle des vérolés* es el resultado, uno más, quizá el más acabado o, por lo menos, el que completa una empresa de investigación colectiva, capitaneada por Ariane Bayle junto con una decena de especialistas —Concetta Pennuto, Grégoire Holtz, Dominique Brancher, entre otros— que ha dado otras realizaciones editoriales, como el número especial «Syphilis» de la revista *Histoire, médecine et santé* (2016) [<https://journals-openedition-org.inshs.bib.cnrs.fr/hms/927>], que vale la pena leer junto con —o antes, o después de— las cien voces «renacentistas» que resuenan, en el dolor, la risa, la condena o la voluntad de comprender y explicar, en una antología cuyo mérito principal es demostrar, por si hiciera falta, que la enfermedad es cultura. ■

**Rafael Mandressi**

CAK-CNRS, París

ORCID 0000-0002-3189-2406

**Dominique Raynaud.** Eye representation and Ocular Terminology from Antiquity to Helmholtz. Ámsterdam: Wayenborgh/Kugler Publications; 2020. 634 p. ISBN 978-99-6299-468-7. 125 €

El autor parte, para el libro que presentamos aquí, de una experiencia larga en el estudio de la óptica desde la antigüedad hasta la Edad Moderna, que incluye la edición de un texto de Ibn Al-Haytham, conocido en el mundo latino como Alhacen y considerado el padre de la óptica.

Este conocimiento acumulado durante años de investigación, que, sin duda, le han llevado a la consulta de numerosas fuentes, le ha proporcionado una enorme base documental, que le ha permitido reunir los diagramas del globo ocular y la terminología utilizada desde el papiro de Ebers, aproximadamente escrito hace 3500 años, hasta la obra de Helmholtz, *Handbuch der physiologischen Optik*, de 1867.

Por tanto, a lo largo de la obra se realiza un extenso recorrido histórico centrado en cómo se ha representado gráficamente el ojo y cómo se ha denominado a cada una de sus partes. Es decir, una historia desde la perspectiva iconográfica y lexicográfica.

La obra se divide en seis secciones precedidas de una introducción (pp. xi-xvi). En la primera de estas secciones (pp. 1-441) el autor recoge la imagen del ojo tal y como fue dibujado en diversas obras, manuscritas e impresas, juntando aproximadamente unas 425 representaciones. Cada una de las entradas contiene el nombre del autor y la obra, el dibujo correspondiente, los nombres en la lengua del texto, una nota informativa y referencias bibliográficas.

Se divide la sección en 7 capítulos. Tras el papiro egipcio de Ebers en escritura jeroglífica continua con los autores clásicos, introduciendo en esta parte fundamentalmente la terminología griega, con la excepción de la referencia a *De morbis oculorum* de Galeno (p. 13) de la que reproduce los diagramas contenidos en la versión árabe. Se pone así de manifiesto, también para esta especialidad médica, la importancia de la lengua árabe en la transmisión de la medicina clásica.

El siguiente capítulo de esta sección se dedica, de hecho, al mundo árabe, comenzando con una obra de Al Kindi que, curiosamente, se nos presenta en la versión latina pues se conservó sólo en la versión de Gerardo de Cremona. Cabe mencionar que los médicos en el ámbito islámico, fueran judíos, cristianos o musulmanes, eran mayoritariamente médicos generalistas, siendo la oftalmología tal vez la única excepción reseñable a esta falta de especialización.

Encontramos en estas páginas a autores bien conocidos que incluyeron referencias al ojo en sus obras como Hunayn ben Ishaq, al-Razi, al-Zahrawi, Avicena, Averroes, y otros que escribieron tratados de oftalmología como Ibn Isa, Ahacen (Ibn al Haytham), Alcoati (al-Quwati), al-Ghafiqi, al-Samarqandi, al-Halabi, Ibn Al Nafis, al-Raja, al-Farisi o Taqi al-Din. Este recorrido muestra la extensa geografía de la historia de la medicina escrita en árabe, así como su difusión en lengua latina (o catalana, en el caso de la versión de Alcoati).

A partir de aquí, comienza con los textos latinos; una relación que empieza en el siglo XII con Johannes Hispalensis y se extiende a la literatura médica de la Edad Moderna desde Vesalio y su *De humani corporis fabrica* hasta Schott y su *Cursus mathematicus* (1661). El dibujo evoluciona a descripciones más completas y la perspectiva da un mayor realismo a la imagen. Es aquí donde aparece la terminología en hebreo gracias a una traducción del libro *Liber de iudiciis astronomie*, atribuido a Arnau de Vilanova (p. 63), realizada por Solomon b. Abraham Avigdor, hijo de Abraham Avigdor, quien también tradujera otros textos atribuidos a Arnau. Ciertamente ha sido notable el esfuerzo por encontrar una imagen del ojo en una fuente hebrea, pues no es nada común.

Hasta aquí predomina la terminología en lenguas clásicas y semíticas, y a partir de la Baja Edad Media hasta la Edad Moderna observamos cómo la literatura europea primero se expresó en latín y más adelante avanza a la producción de obras en lenguas vernaculares, fenómeno del que forman parte también las obras en hebreo, aún no siendo una lengua vernácula.

El libro avanza a través del clasicismo, la ilustración y el siglo XIX, acabando este recorrido con la obra mencionada del físico y médico alemán Hermann von Helmholtz.

Tanta información requiere análisis y a esto se dedican la sección segunda y tercera. La segunda (pp. 441-473) establece una clasificación de los diagramas introducida por una breve historia en la que relaciona el método de establecer un árbol codicológico utilizado por los filólogos con el de la cladística de los biólogos.

La sección tercera (pp. 475- 526) es sobre la terminología del ojo y consiste en una tabla sobre el léxico empleado para designar 14 partes del ojo. Es interesante ver cómo algunas palabras, por ejemplo córnea, viajaron desde el griego a través del árabe y el latín hasta llegar al hebreo y a las lenguas europeas actuales.

La sección cuarta (pp. 527-558) aporta una extensa bibliografía, especialmente rica en fuentes, y la quinta contiene varios apéndices, entre los que me gustaría destacar un índice de las lenguas en la que se han conservado estos textos (pp. 607-616), que son nada menos que dieciocho.

La última de las secciones se titula «How to use this book» y es una sección necesaria no solo por la cantidad de información aportada sino también por la heterogeneidad de lectores a los que va dirigido y que el propio autor cita en su introducción: historiadores de la ciencia y de la medicina, historiadores del arte e investigadores sociales del ámbito de la psicología y la antropología.

A estos yo añadiría a los filólogos que apreciamos mucho esta clase de estudios en los que puede verse la interrelación de lenguas en las disciplinas científicas. Sirve, además, para visualizar de una manera clara, casi esquemática como un diagrama, lo que significa el legado clásico y, también, el legado semítico en la cultura europea a través de la historia de las palabras. Igualmente resulta muy interesante el fenómeno de la traducción que permitió ese viaje de las palabras desde la antigüedad hasta nuestros días, como uno de los mecanismos más eficaces de la transmisión del conocimiento.

Se trata de una obra erudita, fruto de un trabajo intenso y concienzudo que será fuente de futuros estudios para otros muchos investigadores. Dominique Raynaud expone que el propósito de su obra es ofrecer una información iconográfica y lexicográfica precisa para los que estén interesados en cómo el ojo fue concebido en diferentes contextos históricos. Su objetivo está conseguido con creces.

Es de destacar también la cuidada edición del libro, que forma parte de una colección, *Hirschberg History of Ophthalmology*, que tiene como objetivo publicar en 21 volúmenes una historia de la oftalmología desde la antigüedad hasta la actualidad, siendo este el volumen 16. Un magnífico trabajo que sin duda será de gran utilidad para investigadores de diferentes campos científicos. ■

Lola Ferre

Universidad de Granada

ORCID 0000-0003-4373-316X

■ **Juan Carlos González Espitia.** Sifilografía. *A History of the Writerly Pox in the Eighteenth-Century Hispanic World.* Charlottesville y Londres: University of Virginia Press; 2019. 412 p. ISBN: 9780813943732. 45 \$

La historiografía de la enfermedad que actualmente se conoce como sífilis se retrotrae cuando menos al siglo XVIII. Sin embargo, en las últimas cuatro décadas,

ha crecido el interés por el pasado de esta y otras enfermedades de transmisión sexual, en no poca medida a resultas de la general conmoción provocada por la nueva pandemia global del VIH-sida. A la par, el conocimiento histórico de este grupo de afecciones se ha visto enriquecido tanto por la explotación de nuevas fuentes (más allá de las médicas), como por nuevas cuestiones suscitadas desde diversas corrientes innovadoras del pensamiento en las ciencias humanas (socio-constructivismo, estudios de género, historia de los hospitales, de los pacientes y de las experiencias emocionales, giro lingüístico, estudios poscoloniales, etc.).

La monografía de Juan Carlos González Espitia (University of North Carolina at Chapel Hill) constituye una magnífica muestra del calado de dicha renovación historiográfica. Se trata de un acercamiento rico y matizado a la historia cultural del mal venéreo en el mundo hispánico peninsular y colonial durante un largo siglo XVIII que se extiende hasta 1810, fecha de las primeras declaraciones de independencia de colonias españolas en el continente americano. Se apoya en un amplio y variado arsenal de fuentes escritas y gráficas, de carácter manuscrito e impreso, en torno a esta afección o parcialmente relacionadas con ella, obras de un elenco numeroso y multidisciplinario de autores: tratados médicos y discursos sobre salud pública; escritos de sátira política; ensayos en favor de la independencia de las colonias; textos literarios en prosa y verso de carácter obsceno o humorístico; pinturas y grabados.

Con destreza narrativa y acierto interpretativo, González Espitia ha compuesto un gran tapiz a partir de narrativas múltiples y dispares, sobre todo escritas y referidas, a veces de forma expresa y otras más bien crípticamente, al *gálico* (apócope de *morbo gálico*), hasta el siglo XIX la denominación castellana más común del mal venéreo. Algo que el propio autor deja bien claro a lo largo de su obra, pese al anacronismo “Sifilografía” que encabeza su título y que sirve de reclamo para facilitar al público lector la identificación del tema tratado.

*Sifilografía* confirma que el *gálico* fue en el Imperio español, como en tantos otros imperios a partir de 1500, una de las enfermedades sociales secularmente prevalentes, en virtud de sus singulares características: naturaleza proteica, transmisión estrechamente ligada a la conducta humana de carácter íntimo —atrapada en la polaridad entre el deseo sexual y el miedo al contagio—, amplia difusión en todos los estamentos sociales, carácter estigmatizador e incurabilidad hasta la introducción de la terapia antibiótica. El estudio pone de manifiesto el crucial influjo que el *gálico* ejerció de múltiples formas en la cultura hispánica dieciochesca a ambos lados del Atlántico. Para ello, González Espitia sigue con gran acierto un método exegético, analizando los textos en su propio contexto y evitando en lo posible el empleo de tropos propios, básicamente metáforas y

metonimias, por los sesgos en la interpretación contextual que estos a menudo conllevan. Sus esfuerzos por decodificar el léxico y el discurso de los numerosos y variopintos textos manejados proporcionan resultados fecundos y bien expresivos. Otro tanto ocurre con el análisis de las imágenes en pinturas y grabados, singularmente, los relativos a la prostitución y el *gálico* en la serie de «Caprichos» de Goya.

El tapiz que el autor compone se despliega en dieciséis capítulos, donde se analizan las representaciones del *gálico* atendiendo tanto a su naturaleza, causas, manifestaciones clínicas, tratamiento, asistencia hospitalaria, prevención y salud pública, como a la prolongada controversia de raíz ilustrada sobre el origen americano o europeo de la afección, que, como bien muestra González Espitia, jugó un papel nada despreciable en la movilización de los esfuerzos efectuados desde las colonias americanas por desmarcarse de la metrópolis hispana.

Mi única reserva tiene que ver con algunas consideraciones, sobre todo en el capítulo 6, a propósito de la supuesta transformación de la interpretación médica del *gálico* en el siglo XVIII con respecto a los dos siglos anteriores. Sin dejar de apreciar el esfuerzo analítico del autor por situar la discusión en su contexto europeo, algunas de sus conclusiones no me parecen del todo acertadas. A mi juicio, los cambios en la conceptualización del mal venéreo en la medicina europea de los siglos XVII y XVIII son atribuibles a la pérdida de hegemonía del galenismo como marco interpretativo de la naturaleza, causa y signos de esta y tantas otras enfermedades, en favor de nuevos sistemas, como la iatroquímica o iatromecánica, o de movimientos médicos de corte ecléctico o escéptico, que se postulaban como alternativos al primero. Pero nada de ello impidió que la singular concepción abierta de la causalidad de las enfermedades infecciosas propia del galenismo perviviera, a grandes rasgos, hasta el giro copernicano que la teoría bacteriológica dio a esta cuestión a partir del último tercio del siglo XIX. De ahí que no me parezca apropiado insistir en una supuesta línea de progreso hacia esta nueva teoría causal de las enfermedades infecciosas, que iría desde Fracastoro hasta Pasteur y Koch, pasando por las investigaciones naturalistas de Athanasius Kircher y los «animalúnculos» descritos por Leeuwenhoek y popularizados por Feijoo, por mencionar tan solo los que el autor refiere. Para identificar líneas efectivas de transformación de la medicina europea entre 1500 y 1800, conviene fijar la atención más bien en la práctica médica y en la salud pública, como el autor hace con acierto en otros capítulos de su obra.

En cualquier caso, quisiera concluir subrayando la gran calidad y cuidada factura de esta espléndida monografía que incluye oportunas ilustraciones y una cincuentena de encuadres aportando valiosa información adicional sobre

autores, productos medicinales simples y compuestos, conceptos médicos y locuciones castellanas. González Espitia ha decodificado de forma magistral y altamente sugerente la polimorfa significación cultural del «mal francés» en el vasto y complejo mundo hispano del siglo XVIII a ambos lados del Atlántico, en textos tanto médicos como de otras áreas, destacadamente los de creación literaria, un territorio en el que los resultados de su tarea resultan singularmente brillantes. ■

**Jon Arrizabalaga**

IMF-CSIC, Barcelona

ORCID 0000-0002-0740-4951

■ **Dolores Martín-Moruno, Beatriz Pichel, eds.** *Emotional Bodies. The Historical Performativity of Emotions*. Urbana, Chicago and Springfield: University of Illinois Press; 2019. 285 p. ISBN 978-0-252-08471-3. 32 \$

Desde el pionero y audaz artículo de Lucien Febvre, convertido actualmente en un denso *topos* interpretativo, titulado «La sensibilité et l'histoire. Comment reconstituer la vie affective d'autrefois?» y publicado en la revista *Annales* en 1941, donde invitaba a los investigadores a aprehender y buscar las sensibilidades y emociones en los diversos registros del pasado para historizarlas en contextos específicos, hasta las formulaciones conceptuales entre los '80 del siglo XX e inicios del siglo XXI efectuadas por Peter y Carol Stearns («Emotionology», *AHR* 90 /4, 1985: 813-836), Barbara Rosenwein (*Emotional Communities in the Middle Ages*, Cornell UP, 2007), William Reddy (los «emotional regimes» de su *The Navigation of Feeling*, Cambridge UP, 2001), sumadas a las investigaciones de Joanna Bourke (*The Story of Pain*, Oxford UP, 2014), entre otros, hoy no se puede desconocer la importancia y vanguardia del llamado «giro emocional» en múltiples investigaciones en humanidades, artes y ciencias sociales. Es más, desconocerlo sería dejar de lado una importante discusión abierta que ha marcado diversas trayectorias intelectuales en el siglo XX.

Pues bien, el libro que reseñamos se inserta y dialoga con el «giro emocional» desde una perspectiva interdisciplinaria y, sobre todo, desde una búsqueda por encontrar nuevas formas de comprender y analizar las emociones, las emocionalidades y sus expresiones material-corporales. Dividido en 11 capítulos y estructurado en 4 partes, la pregunta que articula y modela el volumen colectivo es

cómo se materializan las emociones en el cuerpo. Y desde esa pregunta un tanto metafísica y desarrollada con grandes demostraciones por la filosofía en el siglo xx (basta recordar los estudios de Maurice Merleau-Ponty), se desciende al trabajo en las emociones en los cuerpos individuales y colectivos. Es desde esa premisa analítica entonces que emerge el concepto que las editoras proponen como cuadro teórico y metodológico: *emotional bodies*. Dicho término, finalmente, se convierte en la pregunta sobre la materialización performativa de las emociones.

Como suele suceder en los volúmenes colectivos, hay algunos artículos que se acercan más a la propuesta de las editoras, y otros, que, sin alejarse en demasía, exploran formatos más clásicos al interior de los estudios del cuerpo. Sin embargo, es evidente el esfuerzo —derivado de un proyecto y lenguaje en común expresado en seminarios, conferencias y discusiones colectivas— de una articulación temática en torno a una gran pregunta. Esto, para efectos de los volúmenes colectivos, es importante para que los libros no se conviertan en un grupo de capítulos inconexos. En ese sentido, el trabajo de las editoras se percibe abiertamente en las páginas del libro.

Partiendo en la introducción de Roland Barthes (específicamente, de su libro *Fragments d'un discours amoureux*, 1977), Jacques Derrida y Judith Butler, los capítulos del libro demuestran que siempre las emociones transforman al sujeto, la subjetividad y la corporalidad a través de los efectos performativos que expresan a su vez los efectos materiales de las emociones. En ese sentido, más allá de las discusiones eminentemente teóricas, lo más interesante de este volumen es vincular esas disquisiciones ancladas en varias tradiciones intelectuales anglosajonas y continentales del siglo xx con el «giro práctico» de las ciencias sociales más asociado a Pierre Bourdieu. Es, entonces, desde ese intersticio entre teoría de las emociones y giro práctico, que entendemos la apuesta de las editoras y de los capítulos por rastrear en definitiva las prácticas sociales de la performatividad de las emociones desde la Edad Media al siglo xx. Aquí radica el principal aporte de este volumen; es decir, entender las emociones vinculadas a los recorridos de la historia de la medicina, trayectorias teóricas de los estudios en biología y una historia cultural, pero, sobre todo, intentar descentrar esos caminos analíticos a partir de miradas interdisciplinarias que producen una aproximación a la historia social de las emociones. En otras palabras, es entender la historia de las emociones vinculada necesariamente a la historia del cuerpo, pero sin dejar de lado los aspectos sociales del entendimiento del cuerpo. El volumen, en modo convincente, propone entender al cuerpo como unidad biológica y metafísica en cuanto resultado de la performatividad del trabajo de las emociones que es, finalmente, una aproximación materialista y social a las emociones.

Del mismo modo, esa idea de entender el cuerpo desde la materialidad performática de las emociones apunta al mismo tiempo no solo a entender la propia individualidad, sino también la comunidad y la agencia de las emociones en esos dos cuerpos como una categoría flexible (individuo y grupo). Esa conjunción se demuestra muy bien en cómo desde el capítulo 1 al 6 (Boddice, Vidor, León-Sanz, Fernández-Fontecha, Pichel y Rosón), aparece la historicidad y la experiencia individual de la materialización de las emociones a través del cuerpo enfermo, la performatividad del dolor y la representación individual a partir de las prácticas fotográficas. Los capítulos del 7 al 11 (Nagy, Martín-Moruno, Arrizabalaga, Hutchison, Taithe), exploran el cuerpo colectivo desde lo social y las prácticas del humanitarismo. Esa distinción que modela el volumen, finalmente, es la distinción analítica que buscan los capítulos: los cuerpos individuales y colectivos poseen divergentes y convergentes formas de materializar las emociones. El volumen, inmerso simultáneamente en varias discusiones del «giro emocional», desde la edición y las perspectivas de Martín-Moruno y Pichel, precisamente, intenta salir de esa valla y reformular lo que se entiende por emociones desde una mirada interdisciplinaria y flexible. De ahí entendemos, por ejemplo, la miriada de importantes autoras y autores que conforman los capítulos.

Siempre es un grato desafío leer un libro que intenta imponer una articulación conceptual, escapando de las obviedades y, sobre todo, proponiendo nuevas lecturas e interpretaciones a los fenómenos históricos de las emociones. La inscripción de subjetividades en los cuerpos seguirá siendo un camino fértil de pesquisas, tal como lo demuestra este volumen. ■

**Rafael Gaune Corradi**

Pontificia Universidad Católica de Chile

ORCID 0000-0002-7868-4380

■ **Miquel Molina.** Naturaleza muerta. Barcelona: Edhasa; 2020. 281 p. ISBN: 978-84-350-2567-6. 17 €

Naturaleza muerta. El título evoca un libro de historia del arte. Pero la imagen de la portada indica algo muy diferente: es una foto del «Negro de Banyoles». La historia de esta figura es, a grandes rasgos, bien conocida. Hacia 1830, un hombre que vivía en el sur de África murió y fue disecado por Jules Verreaux (1807-1873).

En 1831, el joven naturalista y comerciante francés se llevó «su obra» a su tienda de París. A mediados de los años 80 del siglo XIX, el naturalista catalán, Francesc Darder (1851-1918) compró «el betchuana» y se lo llevó a Barcelona, donde fue expuesto en varios lugares de la ciudad. En 1916, Darder se trasladó a Banyoles con su colección de historia natural. Allí, el Negro formó parte del Museo Darder durante gran parte del siglo XX. En noviembre de 1991, se desató una polémica sobre la exhibición de un ser humano en un museo municipal. En marzo de 1997, el Negro fue retirado de la vista pública y, en octubre de 2000, fue enterrado en Botsuana.

Hasta la fecha, el libro de Miquel Molina, un periodista de *La Vanguardia*, es el resumen más completo y mejor documentado del caso. Pero *Naturaleza muerta* es mucho más que la crónica de un escándalo. En veintiocho breves capítulos, Molina entremezcla la historia del Negro con entrevistas, reportajes, reflexiones personales y breves excursos sobre los variados contextos históricos del caso. Describe el mundo revuelto del sur del continente africano hacia 1830 en el que vivió el Negro, marcado por guerras y desplazamientos de población; analiza los negocios de los hermanos Jules y Édouard Verreaux (¡conocidos sobre todo como ornitólogos!); destaca la semejanza del Negro con una figura de la novela *Aventures de trois Russes et de trois Anglais dans l'Afrique australe* de Jules Verne (1872); nos habla de la práctica del *blackfacing* (pintarse la cara de negro para Reyes o para Carnaval). Así mismo, Molina da voz a Alphonse Arcelin (1936-2009), el médico español de origen haitiano que presionaba desde el 1991 al ayuntamiento de Banyoles para que retirara el Negro del museo y que finalmente lo consiguió. Arcelin, que se arruinó por los gastos judiciales que acumulaba, es el verdadero héroe (trágico) de la historia contada por Molina.

Un tema recurrente del libro, el que más atormenta a su autor, es el racismo científico y su impacto social en el siglo XIX (y más allá). El libro evoca casos parecidos al del Negro, como el de Sarah Baartman y los espectáculos antropológicos de Hagenbeck, Barnum y muchos otros que, hacia 1900, exhibían “tribus salvajes” en el zoo, en el circo y en grandes exposiciones, muy a menudo con la complicidad de antropólogos. «Era el apogeo de un racismo científico que seguirá proyectando sus sombras hasta los laboratorios de los campos de concentración de Hitler» (p. 88).

Un historiador probablemente no escribiría una frase así. Los historiadores defendemos que la historia es más compleja y multifactorial y que muchas veces no hay trayectorias directas. Pero, claro, Molina no es historiador, ni lo pretende. Por oficio, Molina sabe escribir bien y cómo enganchar al lector. Quizá el *highlight* literario del libro es su reportaje, denso y matizado, del funeral de es-

tado que recibió el Negro en Gaborone (cuando todo el mundo ya sabía que el Negro no era de esta zona). Molina asistió como periodista y la gente de Botsuana le bombardeaba con preguntas del estilo de «¿Por qué España no ha pedido perdón?».

Así, el libro no encaja fácilmente en un género concreto, variando entre la historia, el ensayo, el reportaje periodístico e, incluso, la autobiografía. Molina lleva casi tres décadas de investigación del caso y deja participar al lector en su viaje intelectual. Su compromiso es personal. Su posición es clara: se indigna ante las prácticas de los Verreaux, Darder y compañía. Es firme, pero no es polémico.

Molina siempre vuelve a la misma pregunta: ¿cómo fue posible que se exhibiera un ser humano en tantos lugares diferentes durante casi 170 años? El autor destaca cuán falso era el Negro, un resultado casi frankensteiniano. «Vaciado» por dentro (se dejaron solo unos pocos huesos), con la piel artificialmente ennegrecida con barnices, «adornado» con objetos (escudo, arpón, plumaje) que le eran ajenos: el resultado parece un producto fantasma del colonialismo europeo. Así se imaginaba el hombre europeo un «guerrero» africano, convertido «en naturaleza muerta con apariencia de vida» (p. 221). En su vuelta desde Banyoles hasta África, el proceso de construcción se invirtió. El Museo Darder se quedó con los objetos de adorno y el Museo Nacional de Antropología en Madrid, que «preparó» el Negro para el largo viaje, con la «piel acartonada, desnaturalizada por arsénico», entre otras partes, «todo menos el cráneo y las pocas articulaciones sobrevivientes de los brazos y de las piernas» (p. 189).

Molina admite francamente que está obsesionado con el Negro. No puede dejar de investigar su historia. Se trata de devolverle su identidad, su nombre, su origen para deshacer todas las apropiaciones que ha sufrido, borrar los nombres que le dieron los naturalistas europeos: el bosquimano, el betchuana, el Negro de Banyoles.

Molina no es el único obsesionado. Es miembro del «Club de los Amigos del Negro». A este grupo informal pertenecen entre otros el periodista Jacinto Antón, que con sus artículos en *El País* ha contribuido mucho a aclarar la historia del Negro, y Piotr Daszkiewicz, un naturalista polaco ubicado en París, excelente conocedor de los Verreaux y del ámbito francés. También integran el club los escritores Caitlin Davies y Frank Westerman, que ya al inicio del nuevo milenio publicaron libros, también con tinte personal, sobre sus exploraciones por la historia del Negro. Se conocen entre ellos e intercambian informaciones desde hace veinte años o más. «Como los buscadores de tesoros, como los ludópatas compulsivos, los amigos del Negro teclean y teclean en los archivos digitales sin renunciar nunca el gran premio» (p. 239) Y a veces encuentran una pieza

más del puzzle. Molina está convencido que en su último viaje al sur de África ha acumulado más evidencias para sostener «que Litakou, hoy Dithakong, es una buena candidata a ser la aldea donde nació el africano sin nombre» (p. 249). Los miembros del club están en contacto con historiadores ubicados en el sur de África, como por ejemplo Neil Parsons en Botsuana.

A lo mejor los historiadores españoles (y el resto de los europeos) tendrían que preguntarse por qué el trabajo más relevante (en investigación de fuentes y en publicaciones) lo ha hecho gente de fuera de la esfera académica. Yo mismo he trabajado muchos años sobre Francesc Darder, pero sin tocar el tema del Negro, sino enfocándome en su papel como fundador del zoo de Barcelona. En mi opinión, habría que buscar alianzas y unir fuerzas con periodistas, blogueros y activistas. Podríamos aprender mucho los unos de los otros. Quedan aún muchos «esqueletos en el armario». ■

**Oliver Hochadel**

IMF-CSIC, Barcelona

ORCID 0000-0002-4983-1118

**Tiago Saraiva, Marta Macedo**, organizadores. *Capital Científica. Práticas da Ciência em Lisboa e a História Contemporânea de Portugal*. Lisboa: Imprensa de Ciências Sociais; 2019. ISBN 978-972-671-540-5. 64,5 €

La historia urbana de la ciencia se ha convertido en los últimos años en un campo fértil y prolífico en el panorama historiográfico de la historia de la ciencia, un hecho que este magnífico libro no hace más que confirmar. *Capital Científica* es un excelente ejemplo de aplicación práctica y efectiva del programa que Sven Dierig, Jens Lachmund, y J. Andrew Mendelshon lanzaron en 2003 en la revista *Osiris*, con el título: *Science and the City*, que ha servido de fuente de inspiración para otros trabajos recientes en este campo. Efectivamente, más allá de interpretaciones simplistas sobre la ciudad como contenedor pasivo de la práctica científica, el libro editado por Tiago Saraiva y Marta Macedo nos muestra, tanto en la introducción de la obra como en sus capítulos, el papel destacado de los expertos urbanos (ingenieros, médicos, arquitectos, urbanistas) en la propia construcción del saber; y el rol que ha jugado la ciencia en la representación cultural y simbólica de la ciudad, en este caso de Lisboa y su capitalidad por-

tuguesa. El libro señala también de manera convincente la importancia de la ciencia, la tecnología y la medicina como agentes clave en la concepción de determinados espacios urbanos, así como el papel de la ciudad en la formación de la cultura científica cotidiana de sus habitantes. Es por tanto en esa interacción creativa entre ciencia y ciudad, ambas con agencia histórica, donde residen las claves de la capitalidad de Lisboa y su papel en la construcción del Portugal moderno a través de diferentes regímenes políticos, desde la *Regeneração* liberal de las últimas décadas del siglo XIX, a la República y más tarde el *Estado Novo* fascista de Salazar.

*Capital Científica* es un ejemplo paradigmático de la capacidad de los/as historiadores/as de la ciencia en su afán por dialogar con disciplinas afines como la historia urbana, pero también con la propia historia contemporánea. A través de un conjunto de estudios de caso rigurosamente investigados y perfectamente imbricados en el tejido urbano de Lisboa, se revisan narrativas tradicionales del liberalismo, el republicanismo y la dictadura, prueba fehaciente de cómo la modernidad urbana de los siglos XIX y XX no puede entenderse sin la cultura científica de una época. Uno de los aspectos más originales del libro es el uso que sus editores hacen de las instituciones científicas como fuentes históricas de gran valor para establecer e identificar interacciones concretas entre la práctica científica y la propia ciudad. Analizadas desde su genuina espacialidad y su naturaleza profundamente urbana, las instituciones nos permiten superar así una historia institucional a menudo descriptiva y factual, demasiadas veces incapaz de escapar de las servidumbres de las prácticas conmemorativas y de los intereses corporativos y políticos del presente.

En la época liberal del Regeneracionismo (*Regeneração*), el libro nos presenta el papel que jugaron los ingenieros en la Escuela Politécnica y la Escuela del Ejército (M. Macedo), el impacto urbano del Observatorio Astronómico de Lisboa (P. Raposo), la contribución de los Servicios Geológicos (T. Salomé de Mota, A. Carneiro, V. Leitão) y de las máquinas del Instituto Industrial de Lisboa (T. Saraiva, A. Cardoso de Matos). La época republicana nos ofrece un recorrido por las instituciones que albergaron diferentes laboratorios, como el Hospital de Rilhafolos, el Instituto Bacteriológico Camara Pestana y la Facultad de Medicina (M. Macedo, T. Saraiva), los trabajos del Instituto bioquímico Bento de Rocha Cabral (A. Carneiro, I. Amaral), y el impacto de las campañas de «ciencia para el pueblo» en la Universidad Popular y en la Facultad de Ciencias (A. Simoes, M.P. Diogo). Finalmente, aspectos fundamentales del fascismo del *Estado Novo* se analizan a través de las labores del Instituto Superior Técnico y el Laboratorio Nacional de

Ingeniería Civil (T. Saraiva, M.P. Diogo), del Instituto Portugués de Oncología (T. Saraiva) y del Laboratorio de Física e Ingeniería Nuclear (J. Gaspar).

*Capital Científica* nos ofrece además un modelo a seguir a la hora de aproximarnos al papel de la ciencia en una ciudad como Lisboa, a menudo considerada como «periférica», a pesar de su capitalidad y su carácter de metrópoli. La historiografía internacional ha primado hasta hace poco una historia urbana de la ciencia demasiado centrada en ciudades como París, Londres, Berlín, Roma, Nueva York, Chicago, etc., dejando a las «second cities» en una posición marginal en las grandes narrativas de la modernidad urbana y en los estudios del papel de la ciencia en los procesos de urbanización de las ciudades, desde las últimas décadas del siglo XIX hasta el presente. Existen, sin embargo, pruebas suficientes para intuir un cambio de tendencia.

El libro se acompaña además de un amplio conjunto de magníficas ilustraciones y mapas de la ciudad, que ayudan al lector a «urbanizar» buena parte de las narraciones. Hacer ciencia, construir ciudad, imaginarla y representarla, dejarse influir por su tejido urbano y sus interacciones cotidianas, y al mismo tiempo construir la nación moderna, e incluso contribuir a definir, matizar y materializar proyectos políticos como el liberalismo, el republicanismo o el fascismo, se convierten en *Capital Científica* en cuestiones casi automáticas, naturales y obvias, mérito sin duda de su editor, de su editora, y de los demás autores y autoras. Estamos ante una contribución muy valiosa para la historia urbana de la ciencia en general y para la historia de Portugal en particular. ■

**Agustí Nieto-Galán**

IHC, Universitat Autònoma de Barcelona

ORCID 0000-0002-3458-0774

■ **Oliver Hochadel, Agustí Nieto-Galan, eds.** *Urban Histories of Science: making knowledge in the city, 1820-1940.* Abingdon: Routledge; 2019. 237 p. ISBN: 978-0-415-78417-7.

«How to tell the tale» of the co-production of science and urban spaces such as Athens, Barcelona, Budapest, Buenos Aires, Dublin, Glasgow, Helsinki, Lisbon and Naples, from the early 19th to the mid 20th century? The question posed by Olivier Hochadel and Agustí Nieto-Galan in the introduction of this collective

volume does not have an easy or obvious answer. Even if there is a general consensus that cities provided the perfect ground for science to thrive, and, symmetrically, that science played a major role in transforming the modern urban fabric, binding together these various geographies, socio-political contexts and temporalities under a coherent analytical framework is far from straightforward.

To structure the volume, the editors begin by mapping their intellectual trajectory, thus offering a unique perspective on the evolution of this book project. More specifically, they open the introduction with a debate on the limits of the category «periphery». As active and engaged members of the «Science and Technology in the European Periphery» (STEP) network, both are in a privileged position to launch this discussion. The argument against «periphery» is persuasive: it was exactly the success of STEP's historiographical agenda, focused on the circulation and creative adaptation of scientific knowledge, that justifies such questioning. After more than two decades of consistent and internationally recognized research, the approach from the periphery lost appeal because it «became mainstream» (p. 3). However, as the case studies demonstrate there are still important explanatory gains, when looking from places «formerly labelled peripheral» (p. 3).

Thus, the book mobilizes other concepts (modernities, nationalisms and agencies) as common ground for the different case-studies. These three categories are mutually reinforcing: if the urban scale is particularly well suited to grasp the conflictive dimensions of modernity that feed many nationalist projects, it was also in the city that the imagined modern nation found a material ground, shaped by multiple agencies.

Using this conceptual framework, the ten chapters revisit, under a new light, a vast array of subjects common to general histories of science: scientific institutions, scientific societies, scientific meetings and scientists themselves. Maria Rentetzi and Spiros Flevaris analyze the construction of the National Observatory of Athens as part of a common effort to reform the Greek state, centralize its administration and build a capital city. Ben Marsden discusses the emergence of the «Institution of Engineers in Scotland» in Glasgow, a rather ecumenic body of technicians, and how this organization reinforced the city's place in the hierarchy of British urban centers. A similar argument is developed by Katalin Stráner, when exploring the mutualist relationship between Budapest and the Hungarian Association for the Advancement of Science. Katharina Steiner connects both the fin de siècle Neapolitan social context and the innerworkings of marine biological research at the *Stazione Zoologica*. Tanya O'Sullivan's study of a topic as elusive as ether proves to be a solid enquiry about the locatedness

of science in the urban fabric of Dublin. Dublin's specific networks also inspire Juliana Adelman to think about the role of natural history and lion breeding in shaping Irish identity. Ana Simões investigates how experts imagined Lisbon as a scientific capital through public works and media narratives. Moving north, Emilia Karppinen addresses the collective features of the planning process of Greater Helsinki. Diego Armus looks at hygienic ideologies, discourses and practices as foundational elements of modern Buenos Aires. Finally, Lucila Mallart studies how architects fought for the construction of a photo archive in the 1929 Barcelona International Exhibition.

The richness and significance of each case-study is undeniable. But there are two salient themes, explicitly discussed by different authors, that point out the volume's contribution for the conceptual debates on modernity and nationalism. One is the role played by capital cities in the processes of nation-building. The other is the transnational dimension of this specific phenomenon.

Despite the marginal position of some of these cities in the hierarchy of European metropolis, many occupied a central place as capitals of modern nation-states. Several chapters show how capital status relied as much on politics and economics as on scientific institutions and agents. For instance, it is not accidental that the coordinates of the National Observatory of Athens served as the base for the country's modern cartography. In Greece, as in other countries, building a nation-state, creating a capital, establishing scientific institutions and producing knowledge was one and the same operation. If capital-cities, and the political entities they represented, were modern scientific creations, the growth of scientific institutions also depended on these particular socio-environments. The success of an Argentinian modern hygienic imagination in Buenos Aires perfectly illustrates that historical dynamic. At the turn of the 20th century the problems raised by the growth of Buenos Aires, and the hygienic solutions to those same urban problems, granted doctors the power to guide the destinies of the whole nation.

Many of the case studies also make it evident that cities did not exist in isolation, but were part of highly connected international systems, with precise referents and models. The specificities of these networks explain why the architects of the Barcelona 1929 world fair looked at the *Musée d'Ethnographie du Trocadéro* and the general *Direction Générale des Beaux-Arts* when designing an exhibition that was supposed to make their city «resemble» Paris. Similarly, Portuguese engineers, trained in France, had Paris in mind while planning the expansion of Lisbon. There are other eloquent examples of the transnational dimension of these local stories: Athenian modern scientific institutions were

Bavarian inventions, materially build by German and Danish architects with Pentelikon marble; the construction of Dublin as the capital of Irish science relied as much on local flora and fauna as on exotic animals and networks extending as far as India, Nigeria and Sierra Leone; the Neapolitan Zoological Station was a global project from inception, assembling thousands of European and American researchers around a particular marine environment. These urban stories build a strong argument about the virtues of looking beyond the boundaries of the nation to fully grasp national histories.

On a more formal level, the volume would have benefited from a thematic organization and structure, strengthening the connections between the various chapters and guiding the reader though these multiple themes. This does not diminish the book's many merits: it is a valuable illustration of the potential of local urban histories of science to expand our understanding of macro processes, such as modernization and nation-building. ■

**Marta Macedo**

ICS, Universidade de Lisboa  
ORCID 0000-0003-2867-8828

■ **Anna Katheryn Kendrick.** *Humanizing Childhood in early twentieth-century Spain.* Cambridge: Legenda, Modern Humanities Research Association; 2019. 305 p. ISBN 978-1-78188-541-3. 85 €

*Humanizing Childhood in early twentieth-century Spain* es el primer libro de Anna Kendrick, basado en su tesis doctoral en literatura y lengua española y portuguesa, presentada en la Universidad de Cambridge con el título *The World of the Child: Holism and Education in Spain, 1918-1936*. Kendrick explora la recepción y adaptación de teorías científicas que influyeron en la representación del niño y su desarrollo. Argumenta que las teorías psicológicas, las pruebas experimentales y las teorías sobre la biología infantil sirvieron para pensar en una pedagogía centrada en la mente, el cuerpo y el espíritu del niño. A través de las páginas del libro, la autora, muestra que los educadores, intelectuales y científicos en España volcaron su atención hacia la infancia y la reconfiguraron desde una perspectiva humanista y holística a lo largo del primer tercio del siglo XX.

La autora propone para su libro una estructura tripartita: *Mind, Body y Spirit*. Los dos primeros capítulos que conforman *Mind* tratan sobre la recepción de la teoría de la Gestalt y la influencia de la Escuela Nueva. Según la autora, estas corrientes proporcionaron un marco teórico a través del cual maestros/as, psicólogos/as, artistas e intelectuales interpretaron y representaron la infancia y el proceso de aprendizaje del niño. El primer capítulo «Imagining Infancy: Paidology and a Science of the Mind», explora las contribuciones de los paidólogos Domingo Barnés y Rafael Verdier, quienes en sus escritos incluyeron algunas nociones de la Gestalt para explicar cómo los niños percibían el mundo. Siguiendo esta línea, Kendrick, analiza una de las nuevas tendencias en la enseñanza de la lecto-escritura, la «globalización». Este método popularizado por los pedagogos de la Escuela Nueva, Édouard Claparède y Ovide Decroly, consistía en una enseñanza que comenzaba desde lo concreto para llegar a representaciones abstractas de letras y números. En el segundo capítulo, «Pure Poetry: The Child and the Avant-Garde», Kendrick explica cómo los educadores incluyeron la literatura vanguardista en la práctica educativa con la intención de estimular el imaginario infantil. Mientras tanto, poetas, escritores y traductores, intentaron representar el mundo interno del niño en sus escritos.

En la segunda parte del libro, *Body*, la autora explica que los planteamientos teóricos de la biología estimularon nuevas formas de interpretar al niño y a la infancia. En el tercer capítulo, «Child and World: Education and the New Biology» argumenta que la relación del niño con el ambiente cobró un rol fundamental en la comprensión del desarrollo infantil y de los procesos de aprendizaje. El cuarto capítulo, «Infans Ludens: Children at the Vanguard of Art and Play», trata sobre los aspectos teóricos en torno al juego. Aquí, Kendrick, explora la enseñanza al aire libre, una práctica educativa que buscaba promover el desarrollo sensorial del niño a través de la exploración del entorno natural. Para este propósito, la autora analiza las aportaciones de tres maestras, María Montessori, Rosa Sensat i Vilà y Margarita Aranda Baciero, siendo esta última la menos conocida.

En la tercera parte, *Spirit*, la autora reflexiona entorno a las nociones filosóficas de la configuración espiritual del niño. En el capítulo «Art and the Mind: Childhood and the New Ingenium», explora la relación entre la psicología y el arte, a través de dibujos e ilustraciones realizadas por los niños, y la emergencia de la psicometría en este contexto. Por una parte, explica que las pruebas mentales comenzaron a ser utilizadas en las escuelas y se convirtieron en un instrumento científico y objetivo que permitía valorar, cuantitativamente, la capacidad intelectual de los alumnos. En cambio, los dibujos infantiles se convirtieron en una nueva fuente de información que permitía acceder a la representación que hacía

el niño del mundo. En el último capítulo, «Early Plenitude: A Phenomenology of the Child's Spirit», la autora analiza los planteamientos filosóficos que caracterizaron el humanismo pedagógico en las obras de tres intelectuales españoles: *Amor y pedagogía*, de Miguel de Unamuno; *L'amor i la percepció dels valors*, de Joaquim Xirau; y *Educación y Ciencia*, de Joan Roura. Culmina con un análisis del *Cántico*, el libro de poesía publicado por Jorge Guillén en 1928, en cuyos versos es posible apreciar una representación fenomenológica de la infancia, del mundo y del niño mismo.

La investigación de Kendrick es una propuesta original, de modo especial en su interesante reflexión sobre el papel que juegan la ciencia y el arte en la infancia. El abundante material con el que trabaja en cada apartado es una muestra de una tarea cuya dimensión desafía al lector. La lectura es densa y rica, pero se echan en falta elementos contextuales que permitan una mejor comprensión del texto. En general, la presentación del libro es impecable, ya que contiene una variada selección de reproducciones de pinturas, ilustraciones y fotografías que hacen la lectura más amena. La investigación puede ser atractiva para un público especializado en historia de la infancia y de la educación en España. En conclusión, se trata de una obra estimulante que abre nuevos interrogantes para investigaciones futuras; por ejemplo, ¿hasta qué punto estas representaciones incluyeron otros tipos de infancia, como la infancia considerada anormal? Sin duda, *Humanizing Childhood in early twentieth-century Spain* es una lectura recomendable. ■

**Génesis Núñez Araya**

IHC, Universitat Autònoma de Barcelona

ORCID 0000-0002-7797-4132

■ **César Leyton.** La ciencia de la erradicación. Madrid: CSIC (Colección Estudios sobre la ciencia, 73); 2020. 270 p. ISBN: 978-84-00-10612-6. 19,23 €

En octubre de 2020 una gran movilización popular en Santiago de Chile recordó el estallido social desatado un año antes, en el sitio que sirvió de lugar de convocatoria y de resistencia a la feroz represión desatada contra los manifestantes con un saldo de más de treinta muertos y varios miles de heridos y detenidos.

Era la llamada Plaza Italia, que tuvo desde entonces otra denominación alusiva a una lucha por derechos largamente vulnerados que allí irrumpió sorprendiendo a propios y ajenos, para convertirse en Plaza Dignidad.

Los episodios de 2019, rememorados en 2020, se desencadenaron tras una suba en el billete del metro que a priori no parecía tener relación con la reacción popular suscitada hasta que la consigna ampliamente diseminada resultó ser por demás elocuente. «No es por treinta centavos sino por treinta años».

Se había activado la memoria histórica de un pueblo que se movilizaba contra las consecuencias de una salida democrática signada por los condicionamientos que estableció una Constitución pactada con dictadores, en lo que sería una demostración palmaria de la subordinación política a un ejercicio del poder fundado en la continuidad del neoliberalismo como sistema económico. Chile había sido el primer experimento mundial del neoliberalismo y su continuidad se constituyó en una cuestión de estado trascendente a los cambios que suponía pasar de una dictadura a una democracia. El «éxito chileno» no podía ser puesto en duda, como lo sostuvo una extendida prédica laudatoria en medios internacionales, ni los elementos que lo conformaban, tanto la negación del pasado como la celebración de un presente que lo convirtió en uno de los países más desiguales del mundo, porque sostener ese éxito permitía alentar la emergencia de nuevas experiencias neoliberales en otras latitudes.

Pero el estallido social de Santiago de Chile en 2019 y su rememoración en 2020 vinieron a correr el velo que impedía advertir aquella engañosa representación de un modelo que, en su consolidación, tuvo como condición de posibilidad una democracia de baja intensidad donde las grandes mayorías populares cedían cada vez más derechos.

Una notable coincidencia hizo que en octubre de 2020 viera la luz el libro de César Leyton, *La ciencia de la erradicación*. Y hablo de coincidencia fundamentalmente porque la movilización popular al poner en cuestión treinta años de un modelo político y económico estaba también reclamando historizar un pasado que en la historia reciente chilena había sido vedado. Ese pasado es el que, en efecto, el libro de Leyton expone a través de una original indagación histórica sobre los modos en que la dictadura pudo conformar un modelo de gobernanza entre 1973 y 1990 con suficiente poder como para no dejar de incidir en la política chilena.

Un elemento central en la construcción de esa gobernanza tuvo que ver con las transformaciones espaciales operadas principalmente sobre Santiago de Chile y el soporte ideológico que las hizo posible. «La ciencia de la erradicación» es, entonces una clave desde donde interpelar fenómenos complejos que nos

colocan ante una permanente tensión entre saber y poder, ciencia e ideología, porque el uso de la fuerza para imponer una forma de gobierno totalitaria convivió con cuidados mecanismos de subjetivación que tendieron a naturalizar el horror, elevando a una categoría de incuestionable a aquellas acciones emprendidas bajo la legitimidad brindada por la labor de tecnócratas. Allí subyacen ideas que asumieron la forma de trabajos publicados por el propio Augusto Pinochet en la década de 1960 sobre geopolítica, y una historia cultural de más larga duración signada por la pervivencia del corpus liberal afirmado a fines del siglo XIX. Entre esas inquietudes económicas y geopolíticas existe una argamasa que Leyton encuentra en metáforas biológicas que recrearon permanentemente el darwinismo social, con expresiones muy elocuentes en el plano territorial por las cuales la metrópolis asumía nuevas formas que eran a su vez las que le permitían vertebrar el nuevo organismo social. Así, la reestructuración territorial y urbana de Santiago de Chile orientada por inquietudes económicas y geopolíticas fue el eje de las transformaciones sociales que confirieron especial protagonismo a «la ciencia de la erradicación» en el agudo análisis de Leyton. En efecto, esas intervenciones territoriales supusieron desarticular sectores «peligrosos» para el orden que se estaba instituyendo, y a la vez liberar usos del suelo para las fuerzas del mercado a través de un doble juego: explotando los sitios más convenientes para los sectores de mayores ingresos que las erradicaciones dejaban a su merced, y haciendo lo mismo con los sitios dispuestos para las radicaciones, al serle concedida a los mismos sectores beneficiados la explotación económica de ese nuevo hábitat de los trasladados.

Y, articulando el negocio para los ricos con la afrentas contra los pobres, se despliega una gobernanza basada en criterios biopolíticos que recogen ancestrales rechazos a lo diferente donde se imponen criterios homogeneizadores basados en preceptivas clasistas y racistas que adoptan una precisa forma de organización institucional que Leyton detalla con notable precisión. El Estado era puesto al servicio de un ejercicio de la violencia directa que era consustancial al despliegue de mecanismos de intervención sobre la subjetividad de las personas a fin de obtener de ellas lo que podría entenderse como una recreación de la «servidumbre voluntaria» de Etienne de la Boétie. Así, el miedo infundido y el engaño formaron parte de una estrategia donde una suerte de nuevo *self made man* forjado en la conquista del lejano oeste norteamericano, pareció iluminar el camino a seguir de aquellos a los que se los empujó violentamente a dejar todo para empezar de nuevo su vida en un sitio desconocido, mientras se enfatizaba públicamente que el Estado estaba generándoles nuevas oportunidades para exponer sus cualidades de emprendedores.

Estas acciones que conformaron lo que eufemísticamente fue llamado el «modelo chileno», sirvió también de ejemplo para otros países latinoamericanos donde se hizo insalvable la dicotomía entre la esencia política del liberalismo y su reapropiación regional restringida a una salvaje libertad de mercado y, en consecuencia, el neoliberalismo implementado devino en una ideología para la cual el liberalismo político no era más que un obstáculo.

La hegemonía neoliberal inaugurada por la dictadura de Pinochet fue también la de una forma de gestionar la vida y la muerte, como dos caras de una misma moneda, donde el poblacionismo era el reaseguro para cubrir los vacíos dejados por las muertes de seres «irrecuperables», esto es aquellos sobre los que no tendrían efecto las tácticas de subjetivación para lograr el disciplinado acatamiento al orden neoliberal. Estas acciones requirieron de la creación de una particular ingeniería por parte de hombres de la ciencia dentro de un régimen que administraba el terror, demostrándonos una vez más que la ciencia nunca es neutral y pretender que lo sea encierra en contextos dictatoriales algo más que una hipocresía, siendo una lisa y llana expresión del mal. Allí estuvieron los engranajes de un sistema perverso que, más que a la manera de «la banalidad del mal» de Arendt, actuó con mayor responsabilidad individual por integrar y legitimar lo que para Forti hace a un «sistema endemoniado». Es que, si el neoliberalismo necesita despejar de su camino al opositor, al pobre, el laboratorio de este experimento científico que fue Chile en 1973 se encargó de ponerlo en evidencia con una inusitada crudeza. Mientras la muerte y sus efectos sobre los vivos constituían una parte de la nueva gobernanza, la más extrema, otras acciones ejercieron el control causando la desocupación, la erradicación, administrando el hambre y la nutrición, eliminando servicios públicos básicos como la salud y persiguiendo al disidente. Se trató así de administrar la vida y la muerte al punto de convertir en literal la metáfora darwiniana de la supervivencia del más apto.

El libro de Leyton nos recuerda todas estas cosas mirando el neoliberalismo desde sus huellas dejadas en Santiago de Chile. En ese sentido contiene además de la muy cuidada tarea de reconstrucción histórica, una función esencial en los tiempos que corren como es la de alimentar la memoria. A veces ejercerla supone ingentes esfuerzos por despejarla de los obstáculos que se le interponen, y, en ciertos casos, el espacio es un elemento orientador. Es que como en un palimpsesto, los espacios físicos condensan registros que permanecen superpuestos y en el algún momento también dejan ver la expresión anterior oculta por una nueva.

El estallido social de 2019 que derivó en el fin de la Constitución chilena, tuvo su epicentro en la hoy llamada Plaza Dignidad, punto neurálgico del barrio

Providencia, el mismo que en 1973 concentraba una población popular que fue erradicada por la dictadura, uniéndose así simbólica y físicamente el inicio y el fin de un ciclo histórico. El libro de Leyton ayuda a entender que esa coincidencia no reposa en una mera casualidad. ■

**Gustavo Vallejo**

CONICET-ISCo-Universidad Nacional de Lanús

ORCID 0000-0003-4730-2455

■ **Lorenzo Delgado, Santiago M. López, eds.** Ciencia en transición: El lastre franquista ante el reto de la modernización. Madrid: Sílex; 2019. 384 p. ISBN: 978-84-7737-663-7. 22 €

El volumen colectivo objeto de esta reseña aborda la historia de las políticas científicas en España durante el franquismo desarrollista y la transición de la dictadura a la monarquía parlamentaria. El libro es fruto del encuentro «Ciencia en Transición. De la CAICYT a la Ley de la Ciencia», celebrado en mayo de 2018 en el Instituto de Estudios de la Ciencia y la Tecnología de la Universidad de Salamanca, que juntó a historiadores de la ciencia, de la economía y de las relaciones internacionales, así como a protagonistas de la política científica. La yuxtaposición de estas tres perspectivas disciplinares es uno de los atractivos del libro, que supone una contribución relevante a la historiografía sobre el período.

El primer bloque de cuatro capítulos versa sobre la historia institucional de algunos de los mayores organismos estatales de investigación creados por el régimen franquista. Antonio Francisco Canales esboza una panorámica sobre la evolución del CSIC, desde los cimientos nacionalcatólicos hasta el desarrollismo. Lourenzo Fernández Prieto estudia el Instituto Nacional de Investigaciones Agrícolas, remontándose hasta 1875 para subrayar las rupturas con el «modelo liberal» de investigación agronómica. Ana Romero de Pablos presenta un relato cronológico y aséptico de la historia de la Junta de Energía Nuclear durante el franquismo. Finalmente, Francisco Sáez de Adana y David Escot se centran en el Instituto Nacional de Técnica Aeroespacial durante la transición.

El segundo bloque de cuatro capítulos se ocupa de las relaciones internacionales desde la historia económica y diplomática. Mar Cebrián y Santiago López tratan del papel de las divisas para entender cómo una política industrial basada

en la inversión extranjera en maquinaria supuso una apuesta por la apropiación por encima de la innovación en la política científica del desarrollismo. Esther M. Sánchez Sánchez estudia las relaciones hispano-francesas, poniendo el acento en la formación de «capital humano» en sectores como el nuclear, el automovilístico y el militar. Carlos Sanz Díaz explora las relaciones en materia científico-tecnológica con la República Federal Alemana en el franquismo y la transición. Por último, Lorenzo Delgado Gómez-Escalonilla y Rosa Pardo Sanz analizan las repercusiones de la inversión norteamericana en la política de investigación del tardofranquismo.

Los cuatro últimos capítulos están dedicados a reflexiones sobre la historia de las políticas científicas de la transición en adelante por parte de personas directamente involucradas en su diseño o negociación desde instituciones (CSIC, Ikerbasque), partidos políticos (PSOE) y sindicatos (CCOO). Emilio Criado retoma la historia del CSIC para narrar desde dentro los conflictos políticos en la transición. Emilio Muñoz repasa su trayectoria política y argumenta que la Ley de Ciencia de 1986 fue el nacimiento de una política científica acorde con la «modernización del país» (p. 317). Alicia Durán pone el foco en el proceso de precarización laboral creciente del personal de investigación. Finalmente, el capítulo de Fernando P. Cossío, director de Ikerbasque, presenta su programa como ejemplo de «excelencia».

Los distintos capítulos aportan interesantes claves y valiosos análisis de la historia de las políticas científicas en España. Sin embargo, el marco interpretativo general, sintetizado en el subtítulo y articulado en la introducción y las conclusiones, es cuestionable por la adopción como categoría analítica de lo que debería ser uno de los objetos de estudio en tanto que discurso histórico y situado de los propios actores: la «modernización».

A lo largo del libro se bascula entre dos lecturas contradictorias sobre la transición en política científica. En la introducción puede leerse que «hubo que esperar a la llegada del partido socialista al gobierno para que finalmente se acometiese una política de la ciencia» y, unas líneas más tarde, que «la política científica había comenzado su propia transición antes de que el cambio político llegase al país» (p. 35). La primera afirmación se debe a la confusión entre «política científica» y «política de I+D» entendida según el modelo lineal innovocéntrico. La segunda afirmación, que es la principal tesis de conjunto del libro, se desarrolla en las conclusiones, argumentando que en España hubo una transición a dos velocidades. Una transición política, «concluida con la plena homologación democrática», y otra más lenta, «sólo en determinados y muy concretos ámbitos», como la política científica, cuya transición habría empezado pronto, con «las luces y los pespuntes brillantes de los años sesenta que miramos con

cierto orgullo», pero se habría truncado a causa de las «rémoras del franquismo que dificultan la completa modernización social» (p. 359).

Para seguir con la metáfora del subtítulo, esta interpretación refleja el peso de un lastre historiográfico, fruto de la transición, que separa de manera tajante ciencia y franquismo, poniendo en primer plano una dialéctica abstracta y binaria entre “atraso” y «modernización». El libro supera en parte este esquema historiográfico cuando conecta la política científica del franquismo tecnócrata (que no obstante considera más «modernizador» que «franquista») con la de la transición y los primeros gobiernos socialistas. Pero lo reproduce cuando subsume los análisis concretos de los capítulos bajo el marco teleológico de la «modernización», que se define celebratoriamente como «la apertura a la colaboración con la sociedad y particularmente con la actividad económica» (p. 361). Tras la idealizada «edad de plata», en la que, según se afirma en las conclusiones, «la ciencia se estaba convirtiendo en un bien de propiedad comunal cuyo propietario era la comunidad científica en cogestión con la Administración pública» (p. 364), se habrían extendido las «inasibles tinieblas» (p. 360) del franquismo hasta que el desarrollismo habría empezado a disipar las brumas apuntando a una «modernización» en política científica que luego se aceleraría a partir de la transición, pero que estaría todavía incompleta por culpa del «lastre franquista».

El discurso de la «modernización», que hunde sus raíces en el tardofranquismo y en el marco ideológico de la OCDE, fue resignificado y movilizado ampliamente por los primeros gobiernos socialistas como pieza clave del sostén ideológico a su programa político y económico. El énfasis en el «lastre franquista» como principal obstáculo a una «modernización» que supone ahondar en la delegación tecnocrática y la subordinación de la investigación a la lógica de acumulación capitalista es comprensible desde el punto de vista de quien, como Miguel Ángel Quintanilla, ha ocupado cargos públicos en el área desde los años ochenta hasta la implementación del Plan Bolonia. Sin embargo, si aspiramos a un análisis que nos permita entender críticamente la formación de los regímenes de saber contemporáneos, es preciso abandonar el uso de “modernización” como categoría analítica y estudiar la historia de su formación, usos y efectos en tanto que categoría movilizada por distintos actores en un relato que ha acompañado y facilitado la transformación neoliberal de la producción de conocimiento. La historia de la «ciencia en transición» está todavía por (re)escribir. ■

**Jaume Sastre-Juan**

IHC, Universitat Autònoma de Barcelona

ORCID 0000-0002-0601-1056